

# Lenguaje y manipulación del pensamiento

## Una reflexión desde la acción social

Maren Von der Borch\*

*Hay palabras tan grandes y vacías que a  
pueblos enteros se podría apresar en ellas*  
Stanislaw Jerzy Lec (1909-1966)  
escritor polaco

*La mayoría de nuestras expresiones son metafóricas.  
Contienen la filosofía de nuestros ancestros*  
Georg Christoph Lichtenberg (1742-1799)  
físico y escritor alemán

En su prefacio a *Las palabras y las cosas* (1968), Michel Foucault refiere que su libro nació de un cuento de Borges: El idioma analítico de John Wilkins<sup>1</sup>. Su libro, dice Foucault, se debe a la risa que le causó la lectura de ese cuento que sacudió “todo lo familiar al pensamiento [...] trastornando todas las superficies ordenadas...” (:3). Su risa y el trastorno de todo orden conocido para él, se derivan de la evocación que Borges hace de “cierta enciclopedia china que se titula *Emporio celestial de conocimientos benévolos*”:

En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en a] pertenecientes al Emperador, b] embalsamados, c] amaestrados, d] lechones, e] sirenas, f] fabulosos, g] perros sueltos, h] incluidos en esta clasificación, i] que se agitan como locos, j] innumerables, k] dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l] etcétera, m] que acaban de romper el jarrón, n] que de lejos parecen moscas (:).

---

\* Socióloga, MTC del Departamento de Trabajo Social y profesora de la Maestría en Políticas y Gestión del Desarrollo Social, de la Universidad de Sonora, marenv@sociales.uson.mx

<sup>1</sup>Agradezco al doctor Aarón Grajeda Bustamante su cuidadosa lectura y la oportunidad de discutir con él las ideas centrales de este artículo.

<sup>2</sup>En Borges Jorge Luis. (1952), *Otras inquisiciones*.

Agrega Foucault: “Este texto de Borges me ha hecho reír durante mucho tiempo, no sin un malestar cierto y difícil de vencer” (:3). Su malestar, dice Foucault, se debe a la sospecha de que “hay un desorden peor que el de lo *incongruente* [...]; sería el desorden que hace centellear los fragmentos de un gran número de posibles órdenes en la dimensión, sin ley ni geometría...” (:3).

Esta reflexión de Foucault está en el origen de este trabajo. A lo largo de los años, me he topado una y otra vez con las definiciones más inverosímiles de conceptos como *desarrollo social, desarrollo humano, justicia, participación social, ciudadanía, equidad*. En definitiva, estos conceptos pertenecen al reino de las *heterotopías* de Foucault: espacios “sin ley ni geometría” que inquietan y confunden, ya que parece que en ellas, todo cabe y todo se vale.

Por lo tanto, si queremos construir proyectos alternos de desarrollo social –*utopías* en el sentido de Foucault, con sus espacios bien ordenados y calles bien trazados- tenemos que empezar por definir los conceptos que van a guiar y modular nuestra acción. Esto precisamente es el objetivo de las páginas que siguen: ordenar los espacios trazando mapas, señalando rutas, despojando a los conceptos de las falsas metáforas que los están ahogando (en el sentido de Susan Sontag, como se puede ver más adelante).

## Palabras grandes y vacías...

En su ensayo: *La seducción de las palabras* (2009; orig. 2000), dedicado a las estrategias de manipulación del pensamiento a través del lenguaje, el periodista y escritor **Alex Grijelmo** (Burgos, España, 1956) establece la distinción entre las palabras que tratan de *persuadir*, apelando a la *inteligencia* del interlocutor; y las que intentan *seducir*, dirigiéndose a las *emociones*. Según el autor, la *seducción* coloca al emisor en una posición de ventaja, ya que “conoce el valor completo de los términos que utiliza, sabe de su perfume y de su historia, y, sobre todo, guarda en su mente los vocablos equivalentes que ha rechazado para dejar paso a las palabras de la seducción” (2009:37,38; orig. 2000).

Con esta distinción en mente, Grijelmo dedica un apartado especial al uso de las expresiones que él llama *palabras grandes* – tales como “libertad, justicia, democracia, seguridad, avanzar, impulsar...” (2009:159). Para él, estas palabras son parte de los “grandes cajones semánticos” que solo contienen elementos abstractos y “transmiten una fuerte carga afectiva universal” (2009:160). *Libertad*, por ejemplo, es *palabra grande* “porque todos los seres humanos pueden identificarse con una idea general de la libertad como pueden identificar al unísono el satélite terrestre en la palabra Luna” (2009:159).

Según Grijelmo, los que pretenden manipular o *seducir* utilizan ese tipo de expresiones porque les permiten a los oyentes acomodarse en ellas sus propias experiencias, sus interpretaciones, sus ideales particulares. Es preciso, sostiene el autor, que esas palabras

Contengan la menor información posible, pues su objetivo consiste básicamente en reunir a los receptores del mensaje alrededor de un jefe o de un ideal común. En efecto, cuanto más vagas se exponen la convención y las palabras generales, cuanto más grandes son los campos semánticos, el valor del signo varía con mayor ductilidad para acomodarse a la interpretación de cada oyente. Cuanto más generales las expresiones, más adaptable su percepción por el usuario (2009:167).

Retomo estas ideas de Grijelmo porque los conceptos y paradigmas que guían los procesos de intervención o acción social, generalmente pertenecen al reino de las *palabras grandes*. Me refiero a palabras como *desarrollo social, desarrollo humano, participación social, equidad, justicia social* - todas ellas palabras que contienen un mínimo de información concreta, pero envuelven una fuerte carga afectiva universalmente compartida. Son parte de esos grandes cajones semánticos en los que cada quien puede acomodarse sus filias y fobias particulares. Un caso muy ilustrativo es el de la noción de *justicia*: hoy día, el concepto de *justicia* generalmente tiene que ver con los derechos humanos y la equidad. En el sistema legal romano, en cambio, “tratar a un esclavo como si tuviera derechos sería una grave violación de los principios básicos de la justicia” (Raymond Geuss citado por Amartya Sen, 2010: 472,3, nota 6).

En México, particularmente, **Carlos Monsiváis** (Cd. de México, 1938 – 2010) ha sido un maestro en el arte de escudriñar los usos y significados de *palabras grandes* como *tradición, cultura, modernidad*.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Pienso que en México, durante décadas, Monsiváis jugó el papel



Foto: Ramón Vidal

A fines del siglo XIX, *modernidad* es lo que se vive en las metrópolis, la cultura que, a quien sepa encarnarla, le proporcionará los recursos íntimos para conjurar el destino fatal de los habitantes de un país en la periferia de la civilización (1992:144).

Según Monsiváis, en esa época lo *moderno* no se oponía a lo *tradicional* sino a lo *nacional*. Luego afirma:

A mitad del siglo XX, *modernidad*, concepto excluyente, es la utopía en el sentido drástico: aquello que mientras no se obtiene le quita sentido a la existencia. Hace falta ser absolutamente moderno y, mientras se comunica interiormente el país, y llegan la tecnología y las inversiones extranjeras, la modernidad es el comportamiento que se inicia en el desdén o el aborrecimiento de las tradiciones inoperantes (casi todas, según el rasero de la ‘eficacia’...) (1992:145).

En esa época, “ser moderno es ir con el siglo. Y ‘el siglo’ sólo confía en lo rentable” (Ibíd.). Así, según Monsiváis, la modernidad es “la gran disculpa, la sombra cómplice” de la destrucción urbana y la depredación ecológica de aquellos años (Ibíd.).

Finalmente, agrega:

...desde el inicio del régimen de Carlos Salinas de Gortari, *modernidad* es la palabra omnipresente, el paradigma inevitable, cuya redefinición exige el cuestionamiento no sólo de modos de producción sino de formas de vida. “¿Se creían modernos e incluso posmodernos? Pues ya ven que no lo son”, es el mensaje cuyo fondo es la privatización categórica de la economía, el sometimiento de las herencias históricas a las disposiciones de la productividad, la incorporación de todos los criterios a las exigencias de la globalización (1992:145).

Y remata: “‘Ser moderno’, en la práctica, es adecuarse mentalmente a los ritmos del ‘mundo unipolar’” (Ibíd.).

Desde ahí surgieron las preguntas centrales de este trabajo: el análisis social que no pretende manipular ni *seducir* (en el sentido de Grijelmo) - ¿debe renunciar al uso de las *palabras grandes*? ¿Realmente existe el lenguaje unificado, construido a partir de conceptos con sentidos únicos o

---

que en la Alemania de los años 20 y 30, jugó Karl Kraus (1874-1936). Según Erich Heller –estudioso de la obra del autor austriaco– “Kraus descubrió los vínculos entre un falso imperfecto de subjuntivo y una mentalidad abyecta, entre una falsa sintaxis y la estructura deficiente de una sociedad, entre la gran frase hueca y el asesinato organizado”. Citado por Grijelmo (2009:137).

significados *puros*? Y si no existe - ¿cómo pueden construirse conceptos y significados que permiten comunicar las ideas y actuar de acuerdo a ellas?

### ¿Un concepto común nos separa?<sup>3</sup>

Una pregunta muy antigua en ciencias sociales es la siguiente: ¿Los conceptos pueden ser universales? Según el filósofo Jaime Labastida (en González Casanova y Roitman Rosenmann, coords., 2006), en la Grecia antigua ya existía el debate en torno a esta cuestión. Gorgias, sostiene Labastida,

Ha pasado a la historia de la filosofía como el hombre que levantó esta idea dura: que lo audible sólo se puede comprender oyéndolo y lo visible viéndolo; que los sentidos no se relacionan entre sí y que la palabra es incapaz de comunicar lo universal (2006:7).

Sócrates, por el contrario, refuta la tesis de Gorgias diciendo que existe el *concepto*, la palabra de carácter universal que deja a un lado los aspectos individuales de un objeto –el tamaño, la forma, el color de una mesa, por ejemplo- para arribar al concepto universal de *mesa* (ibíd.).

Hoy día la aspiración de crear *una* ciencia, *un* lenguaje unificado o conceptos universalmente válidos, parece un poco fuera de lugar. El lingüista **Mauricio Swadesh** (Holyoke, Mass., 1909 – México D. F., 1967), por ejemplo, en su libro *El lenguaje y la vida humana*, parte del caso del niño sordo para afirmar que el lenguaje es “un sistema que nos proporciona lentes para conocer el mundo” (1966:136). El niño sordo, dice, en buena medida depende de la exploración de las características físicas de los objetos que lo rodean para conocer el mundo. Un niño que puede escuchar y hablar, en cambio, se apoya cada vez más en el lenguaje para lograr ese mismo objetivo.

Pero el lenguaje no solo debe servir para reconstruir y aprehender el mundo físico, sino también –y esencialmente- para formular ideas. En cada idioma, el número de palabras es limitado. Aunque las sociedades van creando palabras nuevas y olvidando otras, este proceso no puede ser *ad infinitum*. La posibilidad de crear y expresar ideas, en cambio, no tiene límites. Esta capacidad precisamente se la debemos a que cada concepto, cada palabra, cada expresión, es una *caja semántica* en la que caben sentidos -directos y figurados- prácticamente inagotables, “ya que se trata de una propiedad potencialmente ilimitada de cada palabra” (1966: 135ss.).<sup>4</sup> Según Swadesh, entonces, es precisamente la flexibilidad semántica de las palabras la que nos da infinidad de posibilidades de crear y comunicar ideas.

Como Mauricio Swadesh, también don **Pablo González Casanova** (Toluca, 1922) –uno de los fundadores de la

sociología mexicana- parte de la premisa de que todas las palabras y conceptos tienen significados múltiples y cambiantes. En su ensayo *La comunicación en las ciencias sociales y los conceptos profundos*<sup>5</sup> sostiene que estas variaciones y cambios precisamente son las que posibilitan el diálogo y la comunicación en un mundo en que

Los nuevos paradigmas de sistemas autorregulados o de sistemas dinámicos han modificado todo el saber, desde las matemáticas, pasando por la física, la química, la biología, hasta llegar a la epistemología y a *las nuevas formas de teorizar, analizar, sintetizar, exponer y hacer* (2006:205; énfasis mío).

En el mundo de hoy dominado por paradigmas tecnocientíficos y financieros, las modificaciones en forma y contenido de las palabras son tan profundas que a menudo “nada o poco tienen que ver con los conceptos acostumbrados”; muchos de los términos conocidos han envejecido, o se han agotado y ya no nos dicen nada (2006:206). La creación de palabras nuevas y conceptos *profundos* de significados múltiples, entonces, es una necesidad para la comunicación en las ciencias sociales de hoy día.

Puesto que no existe ni puede existir el lenguaje unificado, construido a partir de conceptos con sentidos únicos o significados *puros* - ¿debemos renunciar entonces al uso de las *palabras grandes* como *desarrollo social, desarrollo humano, democracia, derechos humanos, participación social?* ¿Renunciar a las grandes cajas semánticas en las que cada quien puede acomodar lo que le conviene; y las que cada quien puede utilizar para informar, orientar o convencer, o por el contrario, para tergiversar, engañar o manipular?

Ciertamente no. La tarea más bien es otra, como ha señalado Grijelmo:

Los materiales con que se construyen los engaños parecen infinitos: tan extensos como la inteligencia humana, tan vastos como los vocablos cuyo significado podamos dominar. Los mecanismos de defensa de que pueda disponer una persona ante tales cargas de profundidad se relacionan directamente con su capacidad de reflexión sobre el lenguaje, con su propio dominio del idioma y con su educación. Pero también la capacidad de usar las palabras arteramente en el propio beneficio es proporcional a estos recursos (2009:146).

### El poder de las palabras

La tarea que nos espera, entonces, es la de examinar las siguientes cuestiones: ¿Cómo se configuran los sentidos múltiples de las palabras? ¿Cómo se forma la *flexibilidad semántica* de la que ha hablado Swadesh? ¿Cómo exactamente opera la dialéctica entre realidad social, configuración de conceptos y acción social?

Pero vamos por partes. En su ensayo *Los conflictos sociales como conflictos discursivos* la socióloga, historiadora y novelista **Sara Sefchovich** (México D. F., 1949) se pregunta por qué la mirada sobre los mismos hechos o acciones

<sup>3</sup> En alusión a lo dicho por el escritor inglés George Bernard Shaw sobre los norteamericanos: “Un idioma común nos separa”. Citado por Pablo González Casanova (2006:200).

<sup>4</sup> Cabe aclarar aquí que desde el punto de vista reseñado arriba, no hay una diferencia sustancial entre la palabra, el concepto, el término, la noción. Según los autores mencionados, todas estas expresiones son parte del lenguaje que utilizamos para conocer el mundo y para crear y expresar ideas. Y todas se caracterizan por tener un campo semántico más o menos extenso.

<sup>5</sup> El autor utiliza el término *conceptos profundos* en el sentido de conceptos complejos, de significados múltiples. No comparte, por tanto, la idea de Álex Grijelmo para quien –como se verá más adelante- la profundidad tiene que ver con lo que una palabra evoca.

sociales va generando una diversidad de discursos que producen versiones distintas o incluso opuestas, sobre ellos. Da múltiples ejemplos, pero el que sigue es quizá el más elocuente:

En 2004 hubo una gran marcha en la ciudad de México para protestar por los secuestros, organizada por agrupaciones ciudadanas que aseguraron haber reunido casi un millón de personas. Pero el gobierno de la capital dijo que todo había estado armado por la derecha y calificó de exageradas las cifras de secuestrados que pregonaban, al igual que las de los asistentes al acto. ¿Cuál de los dos lados decía la verdad? (2014/a:113).

No siempre las divergencias –argumenta Sefchovich– se deben a un impulso deliberado. La interpretación de lo que estamos observando, sostiene, siempre dependerá de nuestros “marcos de pensamiento”, “paradigmas”, “marcos epistemológicos” o “actos previos de categorización” (2014/a:138). Debido a estos actos previos, podemos “ver lo que vemos, oír lo que oímos, entender lo que entendemos, interpretar lo que interpretamos” (Ibid.). No disponemos –sostiene la autora– de un repertorio infinito de posibilidades para seleccionar, ordenar, jerarquizar, interpretar; solo podemos entender el significado de un hecho si tenemos un molde o esquema interpretativo donde podemos acomodarlo. Nuestra interpretación de los hechos, entonces, depende de los moldes o esquemas que previamente hemos fabricado.

La fabricación de estos moldes, a su vez, se da a través de procesos que van incorporando –de manera deliberada o no– nuestras experiencias, aprendizajes, saberes, intereses, motivaciones. Se trata de *representaciones* que no son ideas o imágenes formadas al azar: son resultado de procesos psicosociales complejos y del bagaje sociocultural y personal adquirido a lo largo de una vida (De Alba González, 2009). Resulta evidente, entonces, que se entienden e interpretan los hechos desde los intereses y posiciones de cada uno. La diversidad de miradas sobre las acciones, entonces, “suceden porque no hay forma de mirarlas y entenderlas con la objetividad que pretendían los positivistas” (2014:110).

Como la realidad solo se puede captar y entender a través de la palabra, el lenguaje se convierte en el “filtro necesario e inevitable” a través del cual percibimos el mundo: “no tenemos forma de conocer los hechos (en este caso los conflictos sociales) si no es a través de los discursos que sobre ellos se hacen” (Sefchovich, 2014:141).

Por definición, entonces, los discursos sobre la realidad social no pueden ser objetivos ni uniformes: las divergencias se explican por las contradicciones de una sociedad caracterizada por la falta de equidad en todos los ámbitos – el económico, jurídico, educativo, sanitario (por solo mencionar algunos). Quienes elaboran los discursos tanto como los que los reciben, disponen de paradigmas o categorizaciones previas que son producto de estas contradicciones. El resultado: los discursos “no solamente están allí para hacer conocer, explicar y legitimar, sino también para confundir, oscurecer, tergiversar, ocultar, engañar, simular” (2014:141).

**Alex Grijelmo**, en su ya citado libro *La seducción de las palabras*, aporta una idea muy sugerente a la temática que aquí

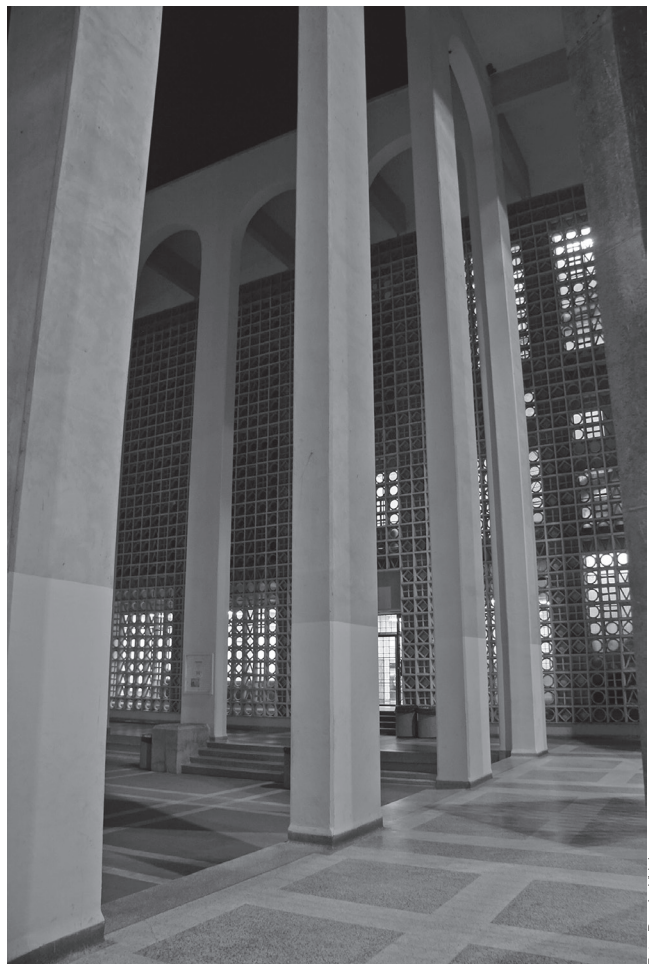


Foto: Ramón Vidal

interesa. Según él, cada palabra no solo tiene sentidos directos y figurados, sino también *profundos*. Estos últimos, refiere, se configuran a partir de las evocaciones que las palabras producen en el cerebro receptor; o del *olor* o *perfume* que emana de ella. Estos sentidos no se dirigen al razonamiento de los oyentes sino directo al inconsciente (2009:19 ss.); no quieren convencer, sino *seducir*.

Una demostración muy dramática de esta idea es el examen de la propaganda totalitaria construida a partir de palabras manipuladas para engañar: del famoso “soy el revolucionario más conservador del mundo” (Hitler), hasta la creación de palabras raras como *Jungkonservative* (jóvenes conservadores); *nationalrevolutionäre Bewegung* (movimiento nacional revolucionario), o *völkisch* (del pueblo/nacional). “Hacia falta esa palabra” –dice Grijelmo con relación a esta última– “para desarrollar el racismo” (2009:140). Y citando a Jean-Pierre Faye dice que las “extrañas reglas cartográficas” del lenguaje en la Europa fascista muestran cómo “el nacimiento y desarrollo de una nueva jerga precede a las fórmulas para una toma del poder”, mediante un “proceso de creación de la aceptabilidad” (2009:138).

El resto de la obra de Grijelmo de hecho, es un catálogo de las maneras de cómo en la vida cotidiana se manipulan las palabras para engañar al inconsciente: aparte del ya comentado uso de las *palabras grandes*, empleando eufemismos o dando connotaciones positivas a hechos negativos (la economía “tuvo crecimiento cero” o se ha “desacelerado”);

o utilizando términos que se oponen (recurso muy socorrido –y válido- en la poesía, como en el poema del vasco Gabriel Celaya: “Cuando se miran de frente/ los vertiginosos ojos claros de la muerte/ se dicen las verdades:/ las bárbaras, terribles, amorosas crueldades”).

También se puede engañar recurriendo a *metáforas mentirosas* (como llamar “flexibilización de la fuerza de trabajo”, a los despidos masivos); o colocando una palabra en la cercanía de otra (“No es casualidad que ‘nostalgia’ muestre la terminación médica del dolor <como lumbalgia o fibromialgia>, porque el dolor siempre estará implícito en la pérdida de la propia tierra”); (2009:137ss.).

De tal forma Grijelmo concluye: “Nada podrá medir el poder que oculta una palabra” (2009:13). Los sentidos múltiples de las palabras abren un abanico de significados y simbolizaciones: “cómo se elige cada palabra para el momento adecuado, cómo se expresa con música lo que en realidad es un ruido, cómo se tocan los lugares sensibles de nuestra memoria... Eso es la seducción de las palabras. Un arma terrible” (2009:35).

La escritora **Susan Sontag** (Nueva York, 1933-2004), a su vez –a través de sus ensayos *La enfermedad y sus metáforas* (orig. 1977,78) y *El sida y sus metáforas* (orig. 1988)- analiza las “fantasías punitivas o sentimentales” que se han generado en torno a enfermedades como la tuberculosis en el siglo XIX, y el cáncer y el sida en fechas recientes: “Mi tema no es la enfermedad física en sí, sino el uso que de ella se hace como figura o metáfora” (2003:13).

Para su definición de *metáfora*, la autora recurre a Aristóteles: “consiste en dar a una cosa el nombre de otra” (2003:127). Ciertamente, la autora reconoce el valor de la metáfora para la poesía y otros ámbitos del pensamiento humano. Pero, sostiene, existen “metáforas de las que mejor es abstenerse o tratar de apartarse” (2003:127). Más adelante incluso, lo formula de manera más tajante: “las metáforas y los mitos matan” (2003:138). A lo que se refiere, en concreto, es a las fantasías, prejuicios, fobias o miedos que se van configurando sobre ciertas enfermedades, y que pueden tener un impacto sumamente negativo sobre el proceso de atención/curación.

Y da un ejemplo para ilustrar esta idea. Desde el descubrimiento de los microorganismos a finales del siglo XIX, dice la autora, han proliferado las metáforas militares en la jerga médica tanto como en el lenguaje popular: se empezó a hablar del *invasor* (los microorganismos); las *estrategias de defensa* desplegadas por el cuerpo afectado; el tratamiento *agresivo*; la *guerra/pelea/lucha* contra el enemigo. Y concluye:

La metáfora militar sirve para describir una enfermedad particularmente temida como se teme al extranjero, al ‘otro’, al igual que el enemigo en la guerra moderna; y el salto que media entre demonizar la enfermedad y achacar algo al paciente es inevitable, por mucho que se considere a éste como víctima [...] Las metáforas militares contribuyen a estigmatizar ciertas enfermedades y, por ende, a quienes están enfermos (2003:134).

En el mismo sentido de culpabilizar al propio paciente de su padecimiento, va la idea de la supuesta predisposición

caracterológica para contraer ciertas enfermedades. El cáncer, se supone, es la enfermedad “a la que son especialmente propensos los derrotados psíquicos, los inexpresivos, los reprimidos”; la tuberculosis, por el contrario, es la enfermedad de “los hipersensibles, los talentosos, los apasionados”; la llegada de “esta aterradora nueva enfermedad”, el sida “ha desencadenado una metaforización en gran escala” (2003:134ss.).

La peor de las ficciones para Susan Sontag, sin embargo, es la idea de que contraer cáncer o sida sea inevitablemente una sentencia de muerte: “la propia reputación de la enfermedad” aumenta el sufrimiento de quienes la padecen; retrasa la búsqueda de atención/curación; “infunde un miedo irracional a las medidas eficaces” y “fomenta la creencia en métodos totalmente inútiles”. Según sostiene la autora, a raíz de la proliferación de este tipo de metáforas se pierde de vista la idea central: que la enfermedad es solamente eso –una enfermedad. “No es una maldición, ni un castigo, ni un motivo de vergüenza” (2003:135, 138).

El sociólogo **Pierre Bourdieu** (Denguín, Pirineos, 1930 – París, 2002), en su libro *¿Qué significa hablar?* (2008, orig. 1982), comparte la idea de la relación dialéctica entre realidad social y configuración de conceptos o palabras:

No existe un agente social que no aspire, en la medida de sus medios, a ese poder de nombrar y de construir el mundo al nombrarlo: chismes, calumnias, maledicencias, insultos, elogios, acusaciones, críticas, polémicas y alabanzas son sólo la calderilla de los actos solemnes y colectivos de nominación, celebraciones y condenas, que incumben a las autoridades universalmente reconocidas (2008:81,2).

Pero a la vez le parece “ingenuo” el intento de buscar el poder de las palabras en el lenguaje mismo. Para él, ese poder emana de los usos del lenguaje, o más bien de las condiciones sociales de los usos de las palabras (2008:85):

Tratar de comprender lingüísticamente el poder de las manifestaciones lingüísticas, buscar en el lenguaje el principio de la lógica y de la eficacia del *lenguaje institucional*, es olvidar que la autoridad sobreviene al lenguaje desde fuera [...]. Las características estilísticas del lenguaje de los curas y de los profesores y, en líneas generales, de cualquier institución, como la rutinización, la estereotipación y la neutralización, vienen dadas por la *posición que ocupan los depositarios de una autoridad delegada* en un campo de competencia (2008:87; énfasis mío).

### **La precisión de los conceptos - ¿un mero ejercicio académico?**

De lo dicho hasta aquí y en respuesta a la pregunta planteada inicialmente –si debemos renunciar o no al uso de las palabras *grandes* sin contenidos concretos- retomo la advertencia de don Pablo González Casanova en el sentido de que “...en ciencias sociales necesitamos abandonar *la creencia en una ciencia y un lenguaje unificados*”; pero que también tenemos que renunciar a la idea opuesta, “igualmente falsa”, “de esa anarquía del conocimiento y el lenguaje que sólo el poder establecido supera” (2006:200; cursivas en el original).

La pregunta, entonces, es - ¿cómo salir de esa *anarquía del lenguaje*? ¿Cómo precisar el sentido de las palabras? O

en términos de Grijelmo: ¿Cómo desarrollar mecanismos de defensa contra la manipulación, y a la vez desarrollar la capacidad de usar las *palabras grandes* en beneficio de una utopía, un proyecto alterno propio?

La propuesta de Bourdieu me parece muy sugerente: los conceptos y las palabras son históricos y se definen al calor de las luchas sociales más amplias. Es tarea de las ciencias sociales, entonces, reconstruir esas historias en torno a las *operaciones sociales de nominación* o conceptualización:

La ciencia social se enfrenta a realidades que ya han sido nombradas y clasificadas con nombres propios y comunes, títulos, signos y siglas. So pena de asumir sin saberlo actos de constitución cuya lógica y necesidad ignora, debe tener por objeto las operaciones sociales de nominación y los ritos de institución a través de los cuales esas realidades se llevan a cabo. Pero, más profundamente, debe examinar la parte que corresponde a las palabras en la construcción de los asuntos sociales y la contribución que la lucha por las clasificaciones, dimensión de cualquier lucha de clases, aporta a la constitución de las clases: de edad, sexuales o sociales, así como clanes, tribus, etnias o naciones (Bourdieu, 2008: 81).

Hoy día, en nuestro país, buena parte de las políticas, programas y acciones sociales están sobredeterminadas por *metáforas* del *desarrollo social* y *desarrollo humano* – metáforas que lo confunden con la beneficencia, la filantropía, la lógica asistencialista-clientelar. La vacuna en contra de la manipulación del pensamiento (en el sentido de Grijelmo), entonces, se construye a partir de conceptos alternos, actualmente sepultados bajo un mar de discursos y prácticas metafóricas. O dicho de otro modo: la construcción de una política alterna se inicia con la recuperación de los contenidos de *poder ciudadano* o *ejercicio efectivo de los derechos sociales*, en los conceptos específicos.

Construir nuevos lenguajes liberándonos de falsas metáforas, entonces, no puede ser un mero ejercicio académico. Como bien lo ha expresado don Pablo González Casanova:

En la transición del siglo XX al XXI, la hegemonía neoliberal está sufriendo serias resquebrajaduras. Al mismo tiempo, los movimientos alternativos tratan, entre impresionantes obstáculos, de precisar y construir nuevos conceptos y lenguajes sobre una democracia plural y universal que aborde la solución de los problemas sociales y ecológicos y que, de hecho, contribuya a la construcción de nuevas formas de comunicación y vida capaces de asegurar la supervivencia del planeta en situaciones menos amenazadoras e inhumanas (2006:209, 210).

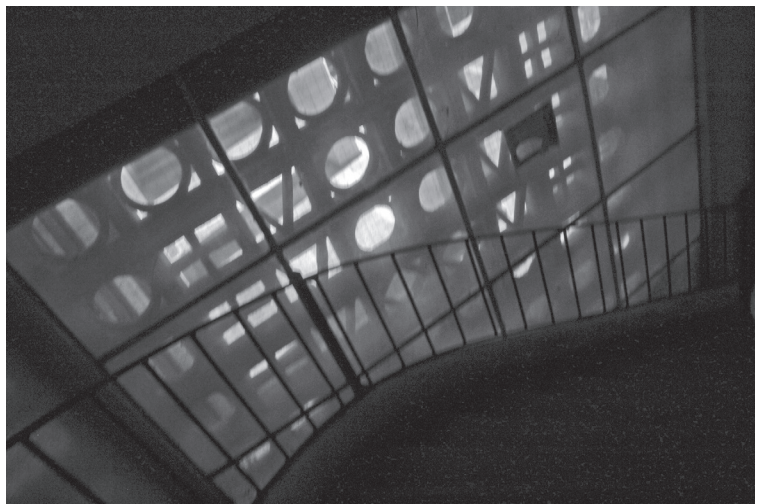


Foto: Ramon Vidal

## Referencias

- Borges, J.L. (1952). *Otras inquisiciones*. Buenos Aires: Sur.
- Bourdieu, P. (2008). *¿Qué significa hablar?* Economía de los intercambios lingüísticos. Madrid: Akal.
- De Alba González, M. (2009). Representaciones y prácticas sociales en torno a políticas urbanas: la movilización NIMBY frente a la redensificación de las zonas centrales de la Ciudad de México. *Cultura y representaciones sociales*, 3(6) (revista electrónica). México: UNAM-IIS. Recuperado de <http://www.journals.unam.mx/index.php/crs/article/view/16384>
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Argentina: Siglo XXI.
- González Casanova, P. y M.R. Rosenmann (coords.). (2006). *La formación de conceptos en ciencias y humanidades*. México: Siglo XXI.
- Grijelmo, A. (2009). *La seducción de las palabras. Un recorrido por las manipulaciones del pensamiento*. Madrid: Santillana (punto de lectura).
- Monsiváis, C. (1992). México. Cultura: tradición y modernidad. En AAVV: Coloquio de Invierno. Tomo III: México y los cambios de nuestro tiempo (pp. 139-163). México: UNAM, CONACULTA y FCE.
- Sefchovich, S. (2014). *Los conflictos sociales como conflictos discursivos*. *Cultura y representaciones sociales*, 9(17), 110-148.
- Sen, A. (2010). *La idea de la justicia*. México: Santillana-Taurus.
- Sontag, S. (2003). *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*. Madrid: Suma de Letras.
- Swadesh, M. (1966). *El lenguaje y la vida humana*. México: FCE (colección popular).